

30 años después de *The End of History?* Conferencia en la Universidad EAFIT*

DOI: 10.17230/co-herencia.18.34.1

Francis Fukuyama

Hola, mi nombre es Francis Fukuyama y estoy encantado de poder participar en este simposio en EAFIT, sobre *¿El fin de la historia?* Soy miembro de la Universidad de Stanford y en el verano de 1989 publiqué un artículo en la revista *The National Interest* titulado “*The End of History?*” Han pasado 30 años desde la publicación de este artículo y esta es una buena oportunidad para reflexionar sobre lo que ha sucedido con el estado de la democracia y la política global en estas tres décadas.

En el verano de 1989 estábamos en un período histórico muy dinámico. Estábamos en medio de lo que mi mentor en la Universidad de Harvard, Samuel Huntington, calificó como la tercera ola de democratización. Esta ola comenzó con la transición a la democracia de España y Portugal a principios de la década de 1970, seguida por Grecia y Turquía. Y luego, a finales de los años 70 y 80, se dieron las transiciones de muchas de las dictaduras militares en América Latina, como Chile y Argentina, Brasil y otros países.

El número de democracias pasó de aproximadamente 35 en 1970 a quizás 110 o 115 para el 2010, dependiendo de cómo se mida la democracia. Creo que es bastante obvio que hoy vivimos en una era histórica muy diferente. Desde mediados de la década de los años 2000 hemos ingresado en lo que mi colega de Stanford, Larry Diamond, llama la recesión democrática global. Este fenómeno tiene dos componentes. El primero consiste en el hecho de que ahora tenemos algunos grandes estados autoritarios, a saber, Rusia y China, que son estables, agresivos y defienden una forma de gobierno alternativa.

* Universidad EAFIT, 19 de septiembre de 2019. Traducción de María Paulina Gómez-Caicedo y Jorge Giraldo-Ramírez.

En cierto sentido se trata de una condición familiar a la Guerra Fría, cuando las potencias autoritarias desafiaron al mundo democrático. Pero quizás una amenaza más insidiosa que enfrentamos ahora -este es el segundo componente- es el surgimiento del populismo global, es decir, aquellos gobiernos elegidos popularmente desde las democracias establecidas que buscan revertir los rasgos liberales de la democracia liberal: los controles y equilibrios constitucionales, y el estado de derecho que restringen el poder ejecutivo en una democracia liberal que funcione correctamente. Esto ha sucedido en Hungría y Polonia, dentro de la Unión Europea, en países como Turquía y, desafortunadamente, en mi propio país, Estados Unidos, con la elección de Donald Trump en 2016. Esta tendencia se ha extendido a América Latina con la elección de Jair Bolsonaro en Brasil en el último año.

Para Marx, el final de la historia era el comunismo o una utopía comunista, esa era la forma final de la sociedad humana, que según él surgiría después de la victoria del proletariado. La frase “el final de la historia” fue retomada por un importante filósofo ruso-francés, Alexander Kojève. Él impartió un seminario muy importante en París, en la década de 1930, justo entre las dos guerras mundiales. Allí, Kojève dijo, de manera bastante traviesa, que la historia ya había terminado. Terminó en 1806 en la Batalla de Jena porque en ese momento la monarquía prusiana fue derrotada por Napoleón, quien llevó los principios de la revolución francesa, los principios de igualdad y libertad al resto de Europa y su argumento significaba, en pocas palabras, que esencialmente no había pasado nada en términos de la base ideológica o filosófica para una sociedad moderna desde esa victoria original de los ideales de la revolución francesa.

Y así surge la pregunta de *The End of History?*, y por cierto, mi artículo original tenía ese signo de interrogación al final. La pregunta planteada por el concepto del fin de la historia es, en primer lugar, ¿existe la historia?, ¿estamos progresando?, ¿nos estamos moviendo hacia alguna forma de sociedad?, ¿es mejor que las anteriores? Y si es así, ¿qué está al final de ese proceso? Mi argumento en 1989 fue que no parecía que hubiera una alternativa a la democracia liberal, no parecía haber una forma superior. El comunismo, que afirmaba ser

una forma superior de sociedad, había demostrado ser una ilusión a la que ninguna sociedad llegaría con éxito.

En mis escritos a lo largo de los años, he argumentado que existen básicamente dos factores que impulsan el proceso histórico de una historia universal progresiva. El primero tiene que ver con la tecnología; la naturaleza cambiante de la tecnología y su naturaleza acumulativa aseguran que la historia nunca retroceda por completo. Es decir, cada conjunto de posibilidades de producción económica que está determinado por un cierto nivel de tecnología da forma en ese momento a la sociedad que lo rodea. Así pues, la era del vapor y el carbón creó sociedades altamente centralizadas que se urbanizaron, en las que había grandes concentraciones de población que eran administradas por estados centralizados. La era de la información produjo un conjunto diferente de condiciones que tendieron a disolver estas estructuras centralizadas y a difundir el poder entre un mayor número de personas. Y, por lo tanto, esta innovación tecnológica continua impulsaría un proceso histórico y afectaría a las sociedades de manera similar, independientemente de sus puntos de partida culturales.

El otro factor de impulso, que yo sostenía que era muy importante, era uno que el propio Hegel había señalado, la lucha por el reconocimiento. La psique humana no está impulsada simplemente por la maximización racional de la utilidad de la que hablan los economistas, hay una tercera parte del alma que Sócrates describe en el libro IV de la *República* en el que dice que los seres humanos tienen un cierto sentido interno de su valor, ellos tienen cierto orgullo. Él usó la palabra griega *thymos* para describirlo. *Thymos* se traduce como espíritu u orgullo. Las personas quieren un reconocimiento de su dignidad interior y, a menudo, estarán dispuestos a sacrificar valores económicos para obtener ese reconocimiento. Hegel argumentó que esencialmente el advenimiento de la Revolución francesa y de todas las luchas titánicas que consumieron la política de Europa en su día, fueron realmente luchas por el reconocimiento. Es decir, por una democracia liberal que reconociera a las personas a través del establecimiento de los derechos del hombre. La cuestión central es el reconocimiento. Un régimen político que reconoce la personalidad de cada ciudadano, los trata a todos por igual bajo un sistema basado

en el imperio de la ley y, por lo tanto, crea una sociedad que puede autogobernarse, en la que las personas son reconocidas como agentes individuales, agentes morales que tienen derecho a participar en un proceso político democrático.

Muchas personas me han preguntado a lo largo de los años si tenía la intención de reescribir *The End of History?* en vista de las cosas que han sucedido y de lo que he aprendido en los años siguientes, y mi respuesta a esa pregunta es sí; de hecho, ya hice esa reescritura. En 2011, publiqué un libro titulado *Los orígenes del orden político: Desde los tiempos prehumanos hasta la Revolución francesa*; y, en 2014, publiqué un segundo volumen titulado *Orden político y decadencia política: De la Revolución industrial a la globalización de la democracia*. Juntos, esos dos libros constituyen mi esfuerzo por reescribir *El fin de la historia y el último hombre*.

Diría que en realidad hay dos modificaciones principales que verán en esos dos libros y que no existían en el libro original, *El fin de la historia y el último hombre*. La primera modificación realmente tiene que ver con mi creciente comprensión de que lograr un estado moderno es algo mucho más difícil de lo que aprecié en 1989; no establecer la democracia, ni siquiera el estado de derecho, sino un estado realmente moderno. Un estado moderno difiere de un estado patrimonial de la siguiente manera: un estado patrimonial es un estado utilizado por sus gobernantes, por las élites, como un medio para enriquecerse; son depredadores que usan el poder político para extraer recursos del resto de sus sociedades y lo usan para su propio beneficio. Por el contrario, un estado moderno es impersonal, trata a las personas por igual sobre la base de la ciudadanía, trata de proporcionar bienes públicos básicos como seguridad, infraestructura, salud y educación, y hay una clara distinción entre lo público y lo privado. Un funcionario público no puede apropiarse de un dinero público para su propio beneficio, eso es corrupción; y creo que el estado moderno es una de las formas de gobierno más difíciles de lograr. Es relativamente fácil crear un sistema en el que se realicen elecciones competitivas, en el que exista cierto grado de juridicidad, con tribunales y dispositivos similares, pero un estado moderno que sea impersonal, que trate a los ciudadanos de la manera descrita y

busque el interés público sin altos niveles de corrupción es algo que, creo que ya lo hemos visto, es extremadamente difícil de lograr.

El segundo concepto que introduje en aquellos dos libros sobre el orden político -que no estaba presente en *El fin de la historia* y *el último hombre* original- fue el concepto de decadencia política, la idea de que las sociedades no avanzan simplemente en términos de modernización, sino que también pueden retroceder. Y, para mí, esto ha sucedido principalmente a través de un proceso que denomino “repatrimonialización”. Es decir, en cualquier sociedad las élites tienen una tendencia natural a favorecer a sus amigos y familia, y un estado moderno que es impersonal, que trata el interés público como algo separado del interés privado, en realidad es algo muy difícil de mantener y argumentaba que esto es algo que continúa hasta nuestros días. De hecho, en los Estados Unidos se puede ver que este proceso ocurre con el surgimiento de grupos de interés muy poderosos que han utilizado el estado estadounidense para proteger sus propios intereses privados.

Quiero concluir esta breve intervención dándoles una razón para no ser tan pesimistas sobre la actual recesión global de la democracia, el auge del populismo y el gobierno autoritario, porque creo que todavía hay factores que mitigarán esas fuerzas y mantendrán la democracia, con suerte, en camino hacia el futuro. El impulsor más importante de esta tendencia es simplemente el hecho de que a las personas no les gusta vivir en gobiernos autoritarios que los traten en el mejor de los casos como niños, y en el peor, como un tipo de basura humana que el régimen puede utilizar para sus propios fines. Y así, seguimos viendo revueltas contra este tipo de gobiernos. Lo hemos visto en Venezuela, en Birmania, en Argelia, en Sudán, en Ucrania, en Armenia y más recientemente en Hong Kong.

Aprecio el hecho de que EAFIT celebre este simposio. Les deseo muchos éxitos en las discusiones. Quiero recordarles que *¿El fin de la historia?* fue planteado como una pregunta y no como una afirmación. Es el punto de partida para las discusiones sobre el estado de la democracia, los impulsores del proceso histórico y las razones para el surgimiento de diferentes formas políticas en diferentes partes del mundo.

Así que muchas gracias por su atención y les deseo lo mejor 🍀